

## **Nostalgias del paladar**

*Seudónimo: Tierrafría*

Hasta ahora, que se sepa, a los fantasmas nos gustaba habitar caserones sombríos por cuyas fachadas trepan los reductos de la maleza urbana, o edificios decimonónicos de sobrios ventanales de madera desportillada y vitrales mellados por las pedradas de generaciones de niños. Se creía, hasta ahora, que alimentábamos nuestra alma con el polvo de los muebles, la humedad de las paredes, el moho de las techumbres, y que preferíamos la pesadumbre del aire estancado a la claridad del aire limpio. Todo eso se creía hasta que el ayuntamiento levantó la nueva biblioteca en el solar aledaño a la taberna de Francisco Velasco, y comenzaron a oírse las primeras voces en el silencio de la noche y a caer los libros de sus estantes de aglomerado.

Este es uno de esos barrios céntricos que aún conservan cierto gustillo a pueblo, con pequeños comercios que enseñan sus mercancías en las aceras y fachadas que enarbolan las blancuras recién sacadas de la lavadora. Hay tramos y calles enteras empedradas de cantos rodados por donde asoman las huellas de hierro de los extintos tranvías y callejones sin salida donde se para a vivir la sombra todos los días del año a cualquier hora. El tiempo tiene una medida esquiva y hay veces que parece girar sobre sí, como un animal herido que no encuentra la forma de morir, y hay veces que pasa dejando en las cosas y en las personas la herrumbre de la edad. Cuando el ayuntamiento levantó la biblioteca en el solar aledaño a la taberna de Francisco Velasco, a este barrio le injertaron la modernidad en sus arterias, y al alborozo de las autoridades locales por instituir la cultura como forma urbana de vida, le siguió la sensación de que habían extirpado de él su identidad de piedra vieja y rancio pasado, pues el edificio de la nueva biblioteca es una construcción moderna de recias vidrieras sin molduras, escalinatas de pizarra, y pilares de forjados metálicos, donde el aire limpio y la luz han fundado su dominio en otra forma de intemporalidad; y parece de ningún tiempo, incrustado entre la fronda de los tejados y la humedad que los siglos fueron depositando en su fachadas.

Ciertamente: no me parece un lugar habitable, y me cuesta creer que a él fuéramos a dar todos los fantasmas de este barrio. Pero así fue.

Yo fui el primero en instalarme entre sus paredes. Desde muy pequeño mostré una inclinación a la lectura por encima de la media de mis vecinos mortales. La lógica

de los muertos guarda una afinidad con la lógica de los vivos que asusta más que la propia muerte.

Cursaba a distancia las últimas asignaturas de Filología cuando me empleé en una de las cuadrillas de albañiles que construyeron la biblioteca. Lo del cemento y la hormigonera me hubiera durado bien poco, pues era cosa mal entendida entre mis compañeros que mientras ellos, después del almuerzo, echaban sus cuerpos donde la arena y la gravilla, yo me pasaba la media hora hasta el toque de sirena con las espaldas apoyadas en un tabique medianero, pasando las hojas de un libro que al decir de mis colegas siempre parecía el mismo y susurrando con los ojos entrecerrados una letanía ininteligible de palabras cursis sobre el amor y los ríos de la vida. Así que cuando las paredes de la taberna de Francisco Velasco cedieron como un castillo de cartas y me sepultaron, la muerte me alivió del trámite de despedirme de la obra para buscarme otro oficio con que pagarme mis estudios de Filología. Cuando el alcalde cortó la cinta que inauguraba las flamantes instalaciones donde mora la cultura y la sabiduría, mi ánimo ya llevaba algo más de un año penando el purgatorio de sus pasillos anchos por construir y sus salas estratégicamente iluminadas por una luz que aún no estaba hecha.

Casi a la vez que mi alma, fueron a dar, a lo que todavía era el agujero donde se habrían de levantar los pilares de la nueva biblioteca, con sus huesos quebrados y sus transparencias de fantasma cubiertas por una pátina de polvo sideral, las ánimas desconcertadas de Francisco Velasco y tres de sus clientes habituales, que daban cuenta en ese instante, reclinados sobre la barra de acero inoxidable, de una fuente de botillo y una jarra de un litro de vino del Bierzo.

Francisco Velasco regentaba su taberna desde que dejó los fríos del Bierzo y se vino a estos climas más cálidos, a fines de los años sesenta y, desde esa época más o menos, colgaba sobre la puerta un cartelón de chapa con la leyenda “Ultramarinos-Manzanilla de Sanlúcar-Despacho de Pan” que el óxido y la polución habían ido pintando de un humor agangrenado. Todavía podía leerse las letras que había sobreescrito él mismo con un rotulador de tinta negra, justo debajo de Sanlúcar —“Y vino del Bierzo”—, con letra redonda y decidida pues, a cambio de dejar el frío, se dejó también la mitad de su alma de vivo allá por los campos de Bembibre, y sólo el vino en la garganta y el botillo en el paladar parecían compensarle de tanta nostalgia.

—Cuando se caiga el cartel, cierro el negocio —dicen que dijo Francisco Velasco diez años antes de la desgracia. Desde entonces, cada mañana, antes de agacharse para abrir los cerrojos, calculaba con los ojos entrecerrados los meses que le quedaban para su jubilación, sin sospechar que, en el mismo día en que habría de caer el cartelón, los pilares del edificio donde se albergaba su taberna cederían al empuje de las máquinas que excavaban en la parcela vecina.

Ocurrió a eso de las doce. Los clientes bebían y comían y discutían de asuntos mundanos con la sobriedad de una rutina aprendida a lo largo de muchos años. Y Francisco, que tenía por buena costumbre no mediar en discusión alguna, salvo para rememorar los tiempos idos con una melancolía de tabernero viejo, o para expresar con desgana sus planes de jubilación, acababa de sacar de la trastienda la que sería su última jarra de Doña Blanca. Cuando la pared colindante al solar donde yo desempeñaba mi oficio de revienta-paredes se desquebrajó como un cristal y crepitaron los huesos carcomidos del edificio, Francisco Velasco hojeaba un folleto de paraísos terrenales con playas blancas de aguas turquesa que obró la ilusión de hacer su tránsito entre la vida y el purgatorio de la nueva biblioteca más llevadero, pues tuvo la percepción —su última percepción— de estar atravesando una puerta que le llevaba a playas paradisíacas y a soles eternos donde aliviarse aquel asma que ni el sur ni su clima de primavera eterna habían aliviado en uno solo de sus días de destierro voluntario.

Desde entonces ya ha pasado algún tiempo, y a aquellos cinco fantasmas inaugurales les siguieron hasta las salas y pasillos modernos de la nueva biblioteca todos los muertos de este barrio.

Al principio acudieron atraídos por la novedad, sin ánimo de quedarse, pero fue oler los efluvios de trementina de las paredes recién pintadas, asistir a las estrategias de luces y sombras de las salas de lectura, pisar con la ingravidez de fantasmas las moquetas recién tendidas, o probar el mullido regazo de los sillones del salón de actos, y mudarse de sus antiguas moradas de polvo viejo y luz pobre con la ilusión de permanecer allí para siempre.

Cuando pasaron los fastos de las inauguraciones y el interés de las lecturas decreció a unos niveles más creíbles, podían contarse más almas en pena flotando por sus salones, pasillos y escaleras, y más espíritus espolvoreados a la luz de los flexos,

que vivos sentados a sus sillas u hojeando entre los anaqueles los libros flamantes desde los que la Sabiduría desplegaba sus efluvios de papel nuevo.

Este es un barrio humilde y laborioso, y la mayoría de sus muertos —los más antiguos, quiero decir— nunca tuvieron la oportunidad de hacer migas con el Conocimiento, así que a las comodidades propias de este edificio moderno, los espíritus, aburridos de su eternidad, sacaron además el provecho de una educación que les fue vedada en el transcurso de sus vidas de vivos. Viajaron por las páginas de los libros hacia puertos de resonancias exóticas; amaron con profusión de adjetivos sobre cuerpos que nunca antes se hubieran atrevido a nombrar; guerrearon; y se extasiaron a soneto limpio hasta caer en el letargo de la letra escrita.

Este es un barrio humilde y viejo, con regustillo a pueblo, que se jacta de poseer a los fantasmas más ilustrados desde que un día se descubrió que a los fantasmas no les gustaba tanto habitar en caserones sombríos o en edificios decimonónicos, y que gustan de la luz como a los mortales, pero también es un barrio orgulloso de sus piedras y de que la vida se vaya viniendo —o yendo— con parsimonia y sosiego. Así que cuando se supo allende sus paredes la vida espectral de su biblioteca recién inaugurada, y vinieron —con sus aparatos de medir espectros, calibrar auras y capturar sonidos de ultratumba— cazafantasmas de todas las nacionalidades, y desplegaron sus generadores de rumor blanco y sus detectores de biomasa no sólo en el edificio de la nueva biblioteca, sino en sus viejos edificios aledaños, este barrio viejo sucumbió a la feria de los mercachifles de ultratumba, y no hubo fantasma ni ánima del purgatorio que se librara de los rastreos sonoros ni de los focos reveladores de halos.

Se levantó una carpa blanca de campaña en los terrenos que quedaron vacíos donde antes estuvo la taberna de Francisco Velasco, libre ya de escombros, y se improvisó en su interior una ristra de catres carcelarios a donde iban a parar, exhaustos de madrugadas vigilantes, todos y cada uno de los parasicólogos, cazadores de fantasmas, y demás investigadores de lo paranormal que acudieron a comprobar con sus sextos sentidos y sus cachivaches de lucecitas e imanes el submundo de la nueva biblioteca. La calle principal se saturó de tenderetes colmados de reliquias falsas; se improvisó un chiringuito con mostradores de chapa para expender café a los insomnes y cerveza a los curiosos; y se instaló una tarima para dar cumplida cobertura a los oradores que quisieron exponer sus pareceres sobre los gustos terrenales de lo muertos.

La feria duró lo que tardaron en darse cuenta los fantasmas de que la mejor manera de que le dejaran en paz en su propia muerte era procurar no manifestar sus torpezas de muertos en el reino de los vivos. Yo mismo, que fui el primero en habitar la biblioteca nueva, fui también el primero en abandonarla. A Francisco Velasco le costó más exiliarse del entorno de su taberna, pero con la ayuda de un manual de trasmigración de almas de Jason Kirpatrick, voló hasta su Bembibre natal, donde habitó durante año y medio un caserón derruido en las afueras de la ciudad, hasta que —¿quién lo iba a decir?— la saudade de su barrio lo devolvió a esa casa vieja desde donde ve los progresos del edificio de dos plantas y vidrieras enormes que están construyendo donde estuvo su taberna.

Los demás andan desparramados por casas desocupadas de cristales mellados y maleza urbana en las fachadas, asistiendo con impaciencia sobrenatural a las maniobras de derribo de las máquinas, a la proliferación de grúas y al trajín de las constructoras que están haciendo de este barrio viejo un barrio nuevo con edificios altos de distintos colores, aluminio lacado en las ventanas, y vidrieras enormes por donde entra la luz a borbotones y donde los fantasmas de este barrio les gusta habitar desde que probaron las excelencias luminosas y el olor a nuevo de la nueva biblioteca.

Cada cual ha ido encontrando su sitio en esta nueva dimensión. Todos, menos Francisco Velasco, que arrastra su pena de ectoplasma entre los edificios, con una tristeza decimonónica y casi terrenal desde que le dijeron que entre los placeres que nos son vedados a los fantasmas está el placer del paladar.

—¡Qué mierda de eternidad es esta sin botillo y sin vino del Bierzo! —dicen que dijo cuando regresó de Bembibre y se encerró en esa casa vieja desde donde ve pasar sus días.